

La reforma que no fue

El resurgimiento de las ciencias sociales en Cuba y la reacción del Estado. Un panorama de las recientes publicaciones sobre la crisis económica, política y social de la isla

Bert Hoffmann

EL PODER HA SIDO DEFINIDO POR KARL W. DEUTSCH DE una forma original: «Power is the ability to afford not to learn». Acorde a ello el gobierno cubano en marzo de este año demostró en forma contundente que sí ejerce el poder. La ocasión la brindó el V Pleno del Comité Central del Partido Comunista, cuando el Jefe de las Fuerzas Armadas y Vicepresidente del Consejo de Estado, Raúl Castro, leyó el llamado *Informe del Buró Político*.¹ En este discurso la dirigencia cubana lanzó un ataque fulminante contra las ciencias sociales de la Isla, en las que vio la amenaza de «una variante de la Glasnost», «diversionismo», «orientación anexionista» y «el surgimiento en Cuba de quintacolumnistas».

En el pasado, generalmente había sido la esfera cultural el escenario en el cual se estatuyeron los ejemplos que de forma indirecta pero efectiva definieron los límites de los espacios de libertad para la sociedad en su conjunto. Pero la nueva «cruzada ideológica» proclamada por el *Informe del Buró Político* centra sus ataques en los científicos sociales de la Isla, específicamente en el Centro de Estudios sobre América (CEA) en La Habana, así como también en otros centros de investigación y revistas académicas. El poder estatal quiere así poner fin a una dinámica,

¹ Un fragmento del mismo que contiene las citas de Raúl Castro hechas en este ensayo, se reprodujo en *Encuentro de la cultura cubana*, Nº 1, Madrid, Verano de 1996, págs. 18-24.

en la cual el *establishment* académico de Cuba llegó a plantear un debate sobre los problemas del país de una forma tan abierta y controvertida como no había sido planteada nunca en los últimos 25 años.

Este artículo se propone esbozar un panorama de este renacimiento de las ciencias sociales cubanas a través de algunas publicaciones de los últimos años. La primera parte se dedica en forma algo extensa a un trabajo que sin duda representa la piedra angular de las discusiones cubanas sobre la reforma de la economía del país. En la segunda parte se muestra una perspectiva sobre publicaciones que recorren nuevos caminos en el análisis de la realidad política y social. En la tercera y última parte se discute, aunque de forma más breve, algunas de las recientes publicaciones editadas fuera de la Isla sobre el desarrollo económico, político y social de Cuba.



La publicación de *Cuba —La reestructuración de la economía. Una propuesta para el debate* por una editorial estatal cubana produjo una mediana sensación para el mundo académico de la Isla. El libro fue escrito por Julio Carranza Valdés, subdirector del Centro de Estudios sobre América, y los investigadores del CEA Luis Gutiérrez Urdaneta y Pedro Monreal González. La misma noche de su presentación pública se agotó toda la tirada destinada a la venta en pesos cubanos.

Más que cualquier otra publicación anterior, el libro de Carranza / Gutiérrez / Monreal demostró el elevado nivel de propuesta política y la alta calidad científica con que se podía escribir en Cuba sobre la crisis que atraviesa el país, y más aún, sobre las alternativas posibles a la actual política del gobierno. Sólo tenía una falla: la publicación del libro no abrió un amplio debate como había sido la intención de sus autores, sino que en retrospectiva el libro significó el apogeo de esa «primavera académica» declarada *temporada non grata* por el Buró Político.

Ya el título señala en qué terreno se mueve el trabajo de Carranza / Gutiérrez / Monreal: Primero, el libro trata no sólo aspectos particulares de la crisis o sectores específicos de la economía nacional como es el caso de la inmensa mayoría de los aportes recientes de economistas cubanos, sino que presenta un programa integral y coherente para la «reestructuración de la economía» cubana en su totalidad. En segundo lugar, el subtítulo deja claro que este programa no es una versión académica de la política oficial, sino «una propuesta para el debate»; una propuesta para, como lo definen los autores, «una alternativa socialista viable de reforma del sistema económico» (pág. 4). La formulación de esa alternativa cuestiona uno de los pilares fundamentales de la actual política: que ella sea «la única posible».

Más aún. La publicación del trabajo de Carranza / Gutiérrez / Monreal hace más visible que antes un déficit de la política oficial, el no haber explicado nunca en ningún documento o discurso en forma tan sistemática y extensa, cuál es la «propuesta» del propio gobierno para el desarrollo y funcionamiento de la economía en Cuba a mediano o largo plazo más allá de las consignas de «¡Resistir!» y los llamamientos a «tener fe» en los dirigentes.

En el libro de Carranza / Gutiérrez / Monreal al concepto en sí para la «reestructuración» le precede un balance de la situación actual de la economía cubana. En ese balance se sigue el análisis sobrio y sin triunfalismos que ya había caracterizado el muy destacado ensayo de Julio Carranza *Cuba: Los retos de la economía*. Aquí Carranza había tocado, entre otras cosas, un tabú al mencionar el comienzo de la crisis actual no en 1989/90 sino ya tres años antes. Como señala el autor, ya en 1986 se vieron claramente en la economía interna los límites del modelo dominante de crecimiento extensivo. 1986 marca también en el sector externo de la economía un momento de ruptura causada por el estallido de la crisis de la deuda cubana en divisas. Cuba ya no podía pagar los servicios para la deuda y perdió por ello su credibilidad financiera internacional. «Por estas razones, en 1986 el gobierno cubano toma la decisión de mantener reducidas al mínimo posible las relaciones económicas con los países capitalistas y concentrar la mayor proporción de éstas con los países del CAME, sobre todo con la URSS» (pág. 133). Esa decisión política de retraerse a las relaciones con el mercado mundial y reconcentrarlas en el intercambio socialista —simultáneamente con el comienzo de la Perestroika promovida por Gorbachov en la URSS— hizo que pocos años más tarde fuera tan dramático para la economía cubana hacer frente al derrumbe de los aliados socialistas.

«A partir de 1990, se fracturan de forma abrupta las articulaciones internacionales de la economía cubana», escriben Carranza / Gutiérrez / Monreal en la introducción de su libro y resumen la problemática en tres puntos: «El país queda expuesto al mercado mundial, se hace más efectivo el bloqueo norteamericano, ahora reforzado por la Ley Torricelli, y también se hacen más evidentes y costosos los problemas de la eficiencia económica no resueltos hasta entonces» (págs. 2 y 3).

Incidir en los dos primeros puntos —la política de EEUU y las estructuras del mercado mundial— difícilmente esté en el poder del gobierno de La Habana. El gobierno de Fidel Castro ha dado dentro de lo posible respuestas a ellos: ha resistido a la política de bloqueo de EEUU, y ha realizado con cierto éxito una reintegración en el mercado mundial, para el cual también fue necesario aceptar una relativa apertura externa de la economía cubana. Esta apertura comenzó con la promoción del turismo internacional, el establecimiento de «Sociedades Anónimas» para-estatales en el sector de divisas y empresas mixtas con capital extranjero, y condujo, simbolizado por la legalización del dólar estadounidense en Cuba en julio de 1993, a una verdadera división de la economía cubana en una esfera dólar y una esfera peso cubano. Es en la abismal brecha entre esas dos esferas donde se paga el precio de haber negado una respuesta al tercero de los puntos que enumeraron Carranza / Gutiérrez / Monreal: los problemas de la eficiencia de la economía cubana prácticamente no han sido enfrentados por la política gubernamental, al contrario, han crecido enormemente, expresándose en la devaluación de la moneda cubana. A mediados de 1994 el salario promedio en la economía estatal de 180 pesos equivalía, cambiado «en la calle», apenas a un dólar y medio. Si el manteni-

miento del *statu quo* político fue la primacía de toda la política económica, la caída de la economía peso fue su variable inferior ilimitada.

Una tal brecha monetaria conlleva tanto tensiones sociales como gravísimos problemas económicos. Carranza / Gutiérrez / Monreal explican por ejemplo los efectos negativos de la casi total desvalorización de los salarios: una muy reducida disciplina laboral en prácticamente toda la economía, una baja productividad laboral, ausentismo temporal o permanente, obtención de los ingresos necesarios a través de actividades informales o ilegales por una parte creciente de la sociedad, etc. «Todo esto tuvo un impacto muy negativo para una sociedad de trabajadores, no sólo en términos económicos, sino además en términos ideológicos, cuando el salario, reconocimiento económico y social al trabajo, dejó de ser la vía fundamental para la obtención del bienestar personal y familiar» (pág. 30 f.).

Es justamente para salvaguardar el contenido social de la Revolución que Carranza / Gutiérrez / Monreal enfatizan la urgente necesidad de poner fin a ese dualismo monetario —una posición distinta a la política del gobierno, el cual en el verano de 1994 optó en contra de una reforma monetaria, buscando más bien la recuperación económica en base a una expansión de los sectores dolarizados.

Aquí es necesario explicar el origen del trabajo de Carranza / Gutiérrez / Monreal. El libro es una versión elaborada y actualizada de un proyecto que en abril de 1994 los autores presentaron (por supuesto de forma no pública) a los responsables en el gobierno cubano. La fecha es importante: el proyecto de los investigadores del CEA era para el gobierno efectivamente una posible alternativa de acción a aquel programa para el «saneamiento de las finanzas» sin reforma monetaria, que fue puesto en marcha a partir de mayo de 1994. También vale recordar que así el proyecto de Carranza / Gutiérrez / Monreal fue esbozado antes de los sucesos espectaculares del verano de 1994, los disturbios callejeros en La Habana el 5 de agosto y el siguiente éxodo masivo de más de 30.000 cubanos en balsas improvisadas. En respuesta directa a estas abiertas manifestaciones de la crisis social es que el gobierno decide reabrir los mercados campesinos en otoño de 1994. Pero con eso el gobierno da el paso hasta hoy más importante en la transformación de los mecanismos de funcionamiento de la economía cubana, no como parte de un bien pensado programa de reforma, sino como un paliativo cortoplacista en el manejo de la crisis.

Carranza / Gutiérrez / Monreal critican este cortoplacismo y esa falta de una visión más integral de los cambios al enfatizar una y otra vez la necesidad de coherencia y de una adecuada interrelación y *sequencing* de las medidas. Como la economía cubana era altamente inflacionaria, según se expresó en el inmenso «exceso de liquidez» y en el rápido incremento de los precios en el mercado informal o «negro», «el canje de la moneda es una medida central para la desmonetización de la economía» (pág. 120). Carranza / Gutiérrez / Monreal argumentan que este canje de moneda «debe tener lugar *antes* de cualquier otra medida que promueva la creación de mercados» (pág. 120). Esto adquiere enorme importancia en un momento, en que las distorsiones

en los precios y salarios han llevado a una situación donde la concentración de la riqueza en Cuba ha adquirido dimensiones «latinoamericanas» ya antes de la legalización de mercados.

Se encuentran datos oficiales sobre esta concentración de la riqueza en un estudio del Centro de Estudios de la Economía Cubana (CEEC) en La Habana, donde en una nota a pie de página se dice: «[En mayo de 1994] el 15% de la población controlaba el 70% de la liquidez acumulada y un 6% de los ahorristas poseían más del 50% de los depósitos de banco» (Marquetti, pág. 19). El texto sigue explicando que además «el sector de la población que poseía una parte significativa de la liquidez [en pesos cubanos] es, a su vez, quien controla la mayor parte de la masa monetaria existente de dólares» (ibid.).

En este contexto la cuestión de una reforma monetaria no es una «discusión técnica» para expertos, sino que define los fundamentos económicos y sociales de esa nueva Cuba que vemos nacer. Sin ese paso se perdería la relativa igualdad material de la sociedad cubana antes de empezar con las reformas de mercado. Carranza / Gutiérrez / Monreal señalan lo siguiente sobre la política del gobierno de Castro de hacer un programa de ajuste sin canje de la moneda: «Esta variante de desmonetización lenta conllevará a una polarización aún mayor del efectivo, a una concentración de la contracción de la demanda en los trabajadores del sector estatal y a una tendencia hacia la depresión de los sectores no estatales recién legalizados» (pág. 120).

El dramatismo de esta concentración de riqueza y de pobreza en Cuba todavía está amortiguado hoy por lo que ha sobrevivido de un otrora amplio sistema de subvenciones estatales y de la distribución de bienes racionados a través de la «libreta». Pero no hay lugar a dudas que en los próximos años esta economía subvencionada será más reducida aún y que el rol central para la aloca-ción de bienes será transferido gradualmente (y quizás no tan gradualmente) al dinero.

Para la idea de justicia social resulta fatal que el gobierno haya empezado su programa de salvación de la moneda cubana sin un anterior canje de la moneda. Partiendo de una distribución tan desigual, todos los éxitos en la estabilización del peso no reducen esta desigualdad, sino que la potencian. Ésta es la amarga lección que dan Carranza / Gutiérrez / Monreal: el retorno de una fuerte desigualdad social en Cuba no fue solamente la consecuencia inevitable de coacciones externas, sino por lo menos en buena medida, el resultado de una política específica del gobierno cubano a la cual sí hubieran existido alternativas.

La discusión sobre el canje de la moneda es sólo un punto, aunque un punto muy central, en el proyecto de reforma que esbozan Carranza / Gutiérrez / Monreal. En su trabajo ponen mayor énfasis en la «arquitectura» general de la reforma más que en sus aspectos particulares y detallados (lo cual tampoco sería posible en un libro de 200 páginas). Para la elaboración conceptual y teórica de esa «arquitectura», los autores aprovechan ampliamente la discusión internacional, sea los estudios de Przeworski sobre reformas en Europa Oriental y América Latina o el análisis de Kornai sobre los «soft budget constraints» en

economías del socialismo del este europeo. Además, lo realizan con una naturalidad y franqueza que no tiene par en las ciencias sociales cubanas.

Para prevenir cualquier malentendido: los autores del CEA buscan un proyecto de reforma explícitamente socialista, no una «transición al capitalismo». (El libro dedica todo un capítulo a la crítica de diversas «propuestas de transición» para Cuba publicadas en EEUU. El argumento de Carranza / Gutiérrez / Monreal es justamente que hay que reformar sustancialmente la economía, no para abandonar el socialismo, sino para darle futuro.

Para muchos esto puede sonar ilusorio. Sin embargo, Carranza / Gutiérrez / Monreal logran evitar una retórica vacía y dan cierto contenido, en las condiciones concretas de Cuba y limitado a la esfera económica, a su meta de un «paso del modelo socialista clásico a otra forma de socialismo». En este planteo es clave la diferenciación que hacen entre los mecanismos de mercado y las relaciones de propiedad. Así, a mediano plazo, un «mercado regulado» (pág. 151) debe tener una muy fuerte (aunque no absoluta) función de coordinación para la economía. Además, esos mecanismos de un mercado regulado deben ser vistos no como males menores en tiempos adversos, sino como parte integral e importante «de un funcionamiento normal de una economía socialista» (pág. 14), que ha aprendido del fracaso de los modelos soviéticos y del este europeo: «Con frecuencia se ha considerado al socialismo como la primera de las sociedades no mercantiles, cuando en realidad es, en el mejor de los casos, la última de las sociedades mercantiles» (pág. 14).

En consecuencia los autores no afirman la negación del mercado, sino «la hegemonía de la propiedad social como elemento *sine qua non* de un proyecto socialista» (pág. 6). Aquí, Carranza / Gutiérrez / Monreal dan un lugar preferencial a formas cooperativas, pero señalando a la vez que partes centrales de la economía deberían permanecer en manos del Estado. Para los autores eso no equivale a una conservación del *statu quo*: también las empresas estatales tienen que sentir un correctivo en forma de las señales de mercado, debiendo contar sólo en casos fundados con subsidios estatales. Los autores llegan a proponer hasta una ley de quiebra de empresas, ya que en última instancia ni siquiera una empresa estatal puede tener una garantía de eternidad sin relación con su producción. A pesar de que «la batalla por hacer más eficiente la empresa estatal» se ha convertido en un tema preferido del discurso oficial, propuestas como éstas siguen siendo consideradas una herejía.

Carranza / Gutiérrez / Monreal enfatizan además el concepto de *hegemonía* de la propiedad social, lo que deja espacio también para un amplio y dinámico sector de empresas privadas pequeñas y medianas (hasta un tamaño que hay que definir para los casos concretos). Esas empresas privadas podrían alquilar locales e instalaciones del Estado y podrían emplear trabajo asalariado, todos elementos que están presentes desde hace tiempo, por ejemplo, en el socialismo vietnamita, pero que en Cuba exceden ampliamente las celosamente limitadas posibilidades del «trabajo por cuenta propia» legalizado hasta ahora.

En el prefacio los autores escriben que son concientes del «riesgo de hacer historia, esfuerzo loable, pero que no ha sido el propósito de este libro» (pág.

VII). Entre el momento de la elaboración del proyecto, abril de 1994, y el de su publicación, otoño de 1995, se ha perdido mucho tiempo y la política oficial optó en algunos puntos clave por otros rumbos. Los autores han hecho diversos intentos de actualizar su concepto y adecuarlo a las circunstancias cambiantes. Sin embargo, a partir del demoledor *Informe del Buró Político* sobre «la amarga experiencia con el Centro de Estudios de América» el libro de Carranza / Gutiérrez / Monreal se lee también como un «texto de historia», como «la reforma cubana que no fue», como la oportunidad desaprovechada de hacer por lo menos el intento de una profunda transformación desde adentro y de signo socialista de la economía cubana.



Se debe subrayar que el ataque de la dirigencia política no fue en contra de la publicación o persona en particular. Aun cuando el discurso de Raúl Castro mencionó explícitamente el CEA, su blanco fue más bien todo el desarrollo reciente de las ciencias sociales cubanas, las que habían empezado a buscar nuevos caminos en una amplia variedad de áreas.

Sobra aclarar que esas discusiones siempre se mantuvieron dentro del marco del actual sistema político. Y sobra también decir que esa dinámica no alcanzó a todos de la misma forma y que buena parte del establishment académico siguió trabajando en las formas «de siempre».

El resurgimiento de las ciencias sociales se centró además del debate económico en una serie de nuevos planteos temáticos y concepciones para llegar a un nuevo entendimiento de una realidad social y política bastante cambiada. La descentralización, la participación, la diferenciación social y la creciente heterogeneidad de la población, la sociedad civil, la emigración y la comunidad cubana en el exterior fueron algunas de las palabras clave repetidas con carácter de *leit motiv*.

Por otra parte hubo un cambio en las formas en las cuales se realiza el quehacer académico cubano. Se hicieron grandes esfuerzos por volver a entrar en las discusiones internacionales; se organizaron debates con autores extranjeros en las propias publicaciones; y más importante aún: se hizo sentir un debate más plural y más controvertido dentro de los intelectuales cubanos mismos; se adoptó una mirada más sobria sobre los problemas del país; una autocomprensión de los académicos de actuar más bien como una vanguardia para preguntar, problematizar y buscar que como caja de resonancia para la política del poder ejecutivo.

Un buen ejemplo de esas nuevas discusiones es el libro *La democracia en Cuba y el diferendo con los Estados Unidos*, compilado por Haroldo Dilla, Jefe del Departamento de Relaciones Interamericanas en el Centro de Estudios sobre América. El libro reúne las ponencias presentadas en una conferencia que tuvo lugar en el CEA en mayo de 1994, y a la cual fueron invitados también investigadores extranjeros. La publicación contó con apoyo financiero por parte de la fundación alemana «Buntstift» y de la centroamericana «Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales» (CRIES).

Entre los autores extranjeros se encuentran nombres tan ilustres como el de Jorge I. Domínguez de la Universidad de Harvard (EEUU) o el de Wayne Smith, quien dirigió la sección de intereses de EEUU en La Habana durante la administración de Jimmy Carter. Basándose en una clara limitación del espectro político (todos los invitados son considerados «moderados» en el escenario político estadounidense) Dilla enfatiza en su introducción un ambiente de tolerancia mutua: «El libro se caracteriza por una diversidad de puntos de vista todos ellos razonablemente argumentados» (pág. 6). El compilador marca al mismo tiempo un claro deslinde con las posiciones de los autores no socialistas: «Smith y en particular Domínguez proveen un análisis crítico desde una matriz implícitamente democrático liberal, que (...) pudiera implicar una redefinición sistémica en detrimento de un futuro socialista» (pág. 7).

De hecho, Domínguez presenta un breve estudio del concepto y de la realidad de la democracia en el sistema político cubano, siendo sus conclusiones realmente poco alentadoras. Al final de su balance crítico Domínguez no deja ninguna duda de que para él la única forma de democracia aceptable sería una democracia basada en el pluripartidismo y elecciones libres (pág. 129). Dilla y otros autores cubanos contraponen a eso artículos que, aún teniendo algunos puntos de crítica respecto al actual estado de cosas, defienden fundamentalmente la alternativa del sistema socialista. En las palabras de Dilla: «una crítica al funcionamiento democrático existente [en Cuba B. H.] a partir del reconocimiento de un entorno sistémico general que proveyó virtudes y déficits, pero que al mismo tiempo constituye una hegemonía popular que debe ser potenciada en las nuevas condiciones como garantía del proyecto socialista» (págs. 6 y 7).

El artículo de Haroldo Dilla en la compilación empieza así: «Escribir, como me propongo, sobre el problema de la democracia (y la democratización) de la sociedad cubana es siempre andar a tientas sobre un campo minado» (pág. 169). Sin duda alguna la instrumentalización de la palabra «democracia» por parte de la política hostil de EEUU señalada por Dilla crea un obstáculo de primer orden para cualquier discusión más libre en Cuba. En consecuencia, el lector tiene muchas veces que buscar el contenido crítico en los artículos de los autores cubanos entre líneas o en los matices de lo escrito. A quien camina de puntillas, difícilmente se le oye bien. Se dejan de lado muchos aspectos importantes; Fidel Castro es, por ejemplo, un tema completamente tabú. Otras partes aparecen muy tímidas, y las propuestas de cambio indicadas parecen insuficientes teniendo en cuenta la dimensión de los problemas. En retrospectiva se sabe que aun teniendo en cuenta las relaciones de fuerza existentes en el país, se fue «demasiado lejos».

El libro tiene un sucesor (casi se podría decir, una segunda parte): *La participación en Cuba y los retos del futuro*, también compilado por Haroldo Dilla y editado en el CEA. Si el primer libro se concentró en el sistema político en sí, el segundo libro trata los problemas de la «participación» en las diversas áreas de la sociedad (esta vez con autores exclusivamente de la Isla). En la introducción Dilla escribe: «Se puede señalar un lugar común de todos los trabajos aquí reunidos: la idea de que la sociedad cubana debe ser más participativa

(...) y que tal participación debe ser pensada en términos de una mayor autonomía de los sujetos y organizaciones» (pág. 8).

Un ejemplo de los nuevos terrenos que abordan los investigadores cubanos es el artículo de María Isabel Domínguez sobre «Generaciones y participación en Cuba», ya que desde los años 70 en Cuba existía «una virtual ausencia de la categoría *generación* en el pensamiento social y el quehacer investigativo» (pág. 96).

Niurka Pérez Rojas y Cary Torres Vila de la Universidad de La Habana plantean la cuestión de autonomía y participación para el caso de las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC) establecidas en 1993. La gran mayoría de las granjas estatales fueron en pocos meses convertidas a esta nueva forma de cooperativa. Como subrayan las autoras, se trató de «una transformación promovida *desde arriba* [...] que...] responde a la profunda crisis económica, no así a demandas por parte de los obreros agrícolas» (pág. 169). La idea central en la creación de las UBPC fue el incremento de la eficiencia productiva y no una mayor democratización de las relaciones de trabajo en el campo.

A través tanto del análisis de documentos oficiales, como en base a numerosas entrevistas con funcionarios estatales y miembros de las UBPC, Pérez / Torres demuestran de forma bien concreta cómo el Estado se reservó tal grado de control sobre las UBPC, que en la práctica no queda mucho de la autonomía que formalmente se les había otorgado.

En consecuencia los trabajadores de las UBPC siguen sintiéndose en realidad más como obreros agrícolas que como campesinos cooperativistas. «La única diferencia de la UBPC con la granja es que tiene una cuenta bancaria», resume un miembro de la UBPC en una entrevista realizada por Pérez / Torres (pág. 180). El mensaje de las autoras es que si las UBPC quieren ser más que un nuevo rótulo de las mismas empresas, se les tiene que dar mayor vida propia a esas nuevas cooperativas, no sólo en el papel, sino también en la práctica. Pérez / Torres muestran al final un optimismo cauteloso, fundándose sus esperanzas más en los trabajadores mismos de las UBPC que en iluminaciones desde arriba: «De hecho comienza a percibirse cierto movimiento *desde abajo* que expresa, por un lado, la resistencia de los miembros al excesivo control y, por otro, el anhelo por la ampliación de la autonomía» (pág. 182).

Bajo este trasfondo de discusiones sobre la creciente heterogeneidad de la sociedad cubana y la necesaria ampliación de la autonomía de los sujetos sociales se implantó el concepto de «sociedad civil» muy rápidamente en el centro del debate. La discusión sobre la sociedad civil, que internacionalmente parece tan amplio como difuso, ganó en las circunstancias cubanas una dinámica propia con alta relevancia política.

En el libro *La participación en Cuba y los retos del futuro* Rafael Hernández, Jefe del Departamento de América del Norte del CEA, describe en su artículo a la sociedad civil no como antítesis o en oposición al Estado socialista, sino como un área que siempre está en múltiples y complejas relaciones con el Estado. Hernández cambia la óptica en 180°: es justamente una tarea del Estado socialista organizar la articulación de la sociedad civil con el sistema político y al mismo tiempo respetar sus espacios de autonomía. «Como esfera

donde tienen lugar las tensiones y conflictos que se plantean al Estado es interés y responsabilidad de éste la búsqueda de nuevas fuentes de legitimación y áreas de consenso en la sociedad civil» (pág. 88).

Rafael Hernández es también el director de la revista trimestral *Temas*, publicada desde principios de 1995. Como los artículos de mediano tamaño han sido la forma dominante de publicación en las recientes discusiones en las ciencias sociales cubanas (la monografía de Carranza / Gutiérrez / Monreal es la excepción que confirma la regla), es inevitable mencionar la revista *Temas*. «*Temas surge*», según las Palabras Iniciales del primer número, «en medio de la crisis económica e ideológica» —el discurso oficial sólo conoce la primera— «más intensa que ha conocido Cuba en las últimas décadas» (pág. 3). La respuesta que *Temas* da a ella es la búsqueda de respuestas en plural: «Queremos estimular la discrepancia y el intercambio. Intentamos recoger la pluralidad cubana actual...» (ibid.). *Temas* se establece como el foro central para las discusiones de las ciencias sociales del país, tomando en serio esos propósitos ya desde su primera edición.

Bajo el título «¿Qué se piensa en Cuba?», *Temas* N^o 1 intenta una suerte de inventario crítico del presente desde los ángulos de las diferentes disciplinas, desde la historiografía hasta la sociología, desde la filosofía hasta la psicología. Ese inventario adquiere una relevancia especial porque en muchas áreas el trabajo de los últimos años casi se parece a una «segunda fundación». Hay que recordar que la carrera de sociología en la Universidad de La Habana fue disuelta completamente en los años 70 (y reemplazada por la de Comunismo Científico), siendo restablecida recién a finales de los 80. La facultad de Ciencias Políticas, que también fue disuelta en los años 70, no se ha vuelto a abrir hasta hoy en día.

El segundo número de *Temas* continúa ese inventario cambiando la pregunta a: «¿Cómo piensan a Cuba desde afuera?» respondiendo así a la gran sed de muchos académicos cubanos de revitalizar los contactos internacionales y superar el parcial aislamiento en que cayó el mundo académico de la Isla después de 1989. La revista contiene tanto artículos llegados desde afuera como de autores residentes en la Isla que, por ejemplo, intentan presentar un panorama de los Estudios Cubanos en los EEUU.

Esa mirada hacia afuera puede conducir a una mirada hacia la propia sociedad, como lo hace Ernesto Rodríguez Chávez (CEA) en su «balance crítico del debate cubano sobre la ‘cubanología’». Es tiempo, argumenta el autor, de que en Cuba se deje de lado el término peyorativo «cubanología» otorgado a los estudios sobre Cuba realizados fuera de la Isla que no sean lo suficientemente conformes a la línea oficial cubana. Aun cuando haya discrepancias ideológicas debería haber un debate más abierto y más respetuoso. Los trabajos sobre Cuba publicados en el exterior, hasta ahora guardados en un departamento cerrado al público en general en la Biblioteca Nacional, deberían ser más accesibles: «No es posible avanzar en el saber científico sobre la sociedad cubana —concluye Chávez— sin conocer el pensamiento de los que nos ven con ojos mucho más críticos desde el exterior» (pág. 84). La respuesta

oficial a estas ideas se leyó unos meses después en el *Informe del Buró Político* con su fulminante ataque contra todo aquel investigador cubano «que de hecho se ha vuelto un cubanólogo con ciudadanía cubana y hasta con el carné del Partido, divulgando sus posiciones con la complacencia de nuestros enemigos».

En el momento en que Raúl Castro lanzó esa campaña contra la subversión ideológica, el cuarto número de *Temas* ya estaba en imprenta. Además de una interesante y amplia discusión sobre las religiones cubanas, este número contiene un notable ensayo de Hugo Azcuy (CEA) sobre «Estado y sociedad civil en Cuba». Retomando la línea de pensamiento desarrollado por Rafael Hernández, Azcuy argumenta que dada la pluralidad y diversidad de intereses emergentes en la sociedad cubana, ella ya no puede ser organizada de forma suficientemente representativa en las seis organizaciones de masas existentes. Por eso el concepto de sociedad civil debería «ser utilizado como instrumento no sólo de análisis, sino también de *proyecto*» (pág. 105). A continuación Azcuy mismo problematiza la instrumentalización del concepto de «sociedad civil» en la política de EEUU. Pero una tal manipulación por parte de un enemigo, argumenta Azcuy, no debería dictar *ex negativo* el pensamiento cubano (mucho menos cuando se trata de un concepto arraigado en la tradición marxista): «No es conveniente dejar que nuestras respuestas se acoten o autolimiten defensivamente, ni que otros piensen por nosotros la realidad nacional» (pág. 110).

En el Buró Político no se quiso oír nada de eso. El *Informe* leído por Raúl Castro castiga a la «sociedad civil» y «las llamadas Organizaciones No Gubernamentales» como un Caballo de Troya [por] fomentar aquí la división y la subversión». El discurso se lee durante párrafos enteros casi como un negativo del artículo de Azcuy.

Aparte de esto, las acusaciones en el *Informe* fueron muy duras, pero casi completamente sin precisiones concretas. No se menciona el nombre de ninguna publicación, persona o evento que hubiera violado las reglas. Únicamente al Centro de Estudios sobre América se nombra explícitamente como institución, y su director, Luis Suárez Salazar, fue separado del cargo por el pleno del Comité Central inmediatamente después del discurso. Más allá de eso se anunciaron sanciones para los presuntos «quintacolumnistas» en durísimas palabras, pero no se dijo ni qué ni contra quién. Es justamente esta incertidumbre calculada la que hace que la intimidación sea tan globalmente efectiva: nadie sabe para quién son los golpes, pero todos bajan la cabeza.

Medio año después del discurso de Raúl Castro todavía no se presenta un cuadro claro. El clima intelectual, eso sí se puede afirmar, se ha hecho notablemente más frío, pero no ha tenido lugar una «depuración» abierta a gran escala. Se crearon comisiones para examinar la labor de cada uno de los centros de estudios a la luz de las «orientaciones» del *Informe*. En el caso del CEA estuvo nada menos que José Ramón Balaguer, alto miembro del Buró Político y por muchos años Jefe del Departamento Ideológico del Partido Comunista, al frente de esa comisión. Los resultados de esas evaluaciones nunca han sido hechos públicos. (Extraoficialmente, y por ende sin confirmar, se dijo que al

CEA le será vetado seguir trabajando sobre Cuba y que en adelante se deberá dedicar exclusivamente al estudio de los demás países de América).

Aunque no fuera mencionada explícitamente, también la revista *Temas* debería considerarse entre los atacados por el *Informe del Buró Político*. El número 4 se publicó normalmente, pero como Hugo Azcuy había fallecido por un infarto cardíaco poco después del discurso de Raúl Castro, la presentación pública de la revista tuvo lugar bajo una atmósfera bastante agobiante. Habrá que esperar para saber de qué forma la ofensiva lanzada por Raúl Castro se hará sentir en el contenido y perfil futuro de *Temas*.

Mientras tanto el liderazgo del Partido Comunista lanzó un producto propio para dejar establecido cómo debería hacerse, en su opinión, una revista «políticamente correcta». Se ha relanzado la revista trimestral *Cuba Socialista*, editada por el Comité Central del Partido Comunista de Cuba, y que obviamente tiene una función orientadora para el discurso político-académico. Como Presidente del Consejo Editorial figura justamente el interventor del CEA, José Ramón Balaguer. El editorial del primer número de *Cuba Socialista* habla un lenguaje claro: «No cederemos el espacio al pensamiento extraño a nuestras intenciones, ni a querellas bizantinas. (...) Nuestra inserción en la economía internacional, así como la inversión del capital extranjero, nunca supondrá una apertura a la invasión ideológica ajena o contrapuesta a nuestros principios martianos y marxistas. Como tampoco la asimilación de un aparato conceptual, aparentemente desideologizante que tiene asidero en quienes, aunque no quieren reconocerlo, han plegado las banderas de la Revolución y el socialismo. Ellos aquí no tienen cabida» (pág. 3). En el mismo editorial se escribe, que la revista no pretende «erigirse en el decálogo oficial ante quien todos deban rendirse» (ibid.). Dadas las circunstancias de su lanzamiento y el organismo que la edita, esto parece un caso ejemplar de un desmentido, cuyo mensaje real es justamente lo que desmiente.

El contenido del primer número de *Cuba Socialista* sobrepasa aún las expectativas que crea el editorial. Es el retorno a un trabajo académico netamente afirmativo que recuerda las palabras con las que el profesor de filosofía Limia David en el primer número de *Temas* calificó el pasado que le parecía superado de las ciencias sociales en Cuba «como *otra forma de existencia* del discurso político oficial» (pág. 21). Es de suponer que los editores de *Cuba Socialista* ni siquiera considerarían esta definición como una crítica. El artículo de introducción sobre «Cuba y la lucha por la democracia en el mundo de hoy» es escrito por Ricardo Alarcón, antiguo Ministro de Relaciones Exteriores y hoy Presidente de la Asamblea Nacional Cubana. A éste le sigue un artículo con el unívoco título: «Cuba 1990-1995: reflexiones sobre una política económica acertada» escrito por nadie menos que el propio Ministro de Economía, José Luis Rodríguez.

Más aún que esa recentralización, asusta la caudillización del discurso académico, mostrado por *Cuba Socialista*. La foto de la portada muestra a un Fidel Castro joven en postura combativa; antes del editorial citas de Fidel, en el editorial citas de Fidel, a lo largo de la revista en un sinnúmero de recuadros citas

de Fidel y más citas de Fidel. Y cuando José Luis Rodríguez, quien antes de asumir como ministro había sido uno de los más destacados economistas de la Isla, termina su artículo con: «... fiel a las ideas de Marx y Lenin, de Martí y de Fidel» (pág. 28), entonces el mensaje queda claro: *Cuba Fidelista*.

Habrá que esperar lo que resulte a mediano plazo de esta situación de conflicto para el «Renacimiento» aquí descrito de las ciencias sociales en Cuba. Por un lado, la reacción del liderazgo en contra de esa dispersión del discurso fue de una hostilidad categórica. Por el otro, tampoco se puede imaginar que la dinámica intelectual de los últimos años se pueda eliminar de forma duradera *per ordre de mufti*. «No es posible retractarse de lo que una vez se ha pensado», escribe el autor suizo Friedrich Dürrenmatt en su obra *Los Físicos*. Quizás se podría pensar esto de forma optimista.

Bibliografía

- Carranza, Julio / Gutiérrez, Luis / Monreal, Pedro: *La reestructuración de la economía cubana. Una propuesta para el debate*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales 1995. 212 pp. (editado también por Nueva Sociedad, Caracas 1997); en inglés: *Cuba: Restructuring the Economy - A Contribution to the Debate*, Institute of Latin American Studies / University of London 1996.
- Carranza, Julio: «Cuba: Los retos de la economía», en: *Cuadernos de Nuestra América*, Vol. IX, N° 19, Centro de Estudios sobre América, La Habana, julio-diciembre de 1992 (publicado en 1993): págs. 131-159. También en: Hoffmann, Bert (ed.): *Cuba - Apertura y Reforma económica. Perfil de un debate*. Caracas: Nueva Sociedad 1995, 168 pp.
- Castro, Raúl: *Informe del Buró Político* (en el V Pleno del Comité Central del Partido, 23.3.1996); en: *Granma Internacional*, 10.4.96, págs. 4-8. Documentado también en el *Boletín de Prensa Latinoamericano* 3/96 del Instituto de Estudios Iberoamericanos de Hamburgo.
- *Cuba Socialista* (Revista trimestral editada por el Comité Central del Partido Comunista de Cuba); 3ª época, N° 1 de 1996, 64 pp.
- Dilla, Haroldo (comp.): *La democracia en Cuba y el diferendo con los Estados Unidos*, La Habana: Ediciones CEA (Centro de Estudios sobre América) 1995, 216 pp.
- Dilla, Haroldo (comp.): *La participación en Cuba y los retos del futuro*, La Habana: Ediciones CEA (Centro de Estudios sobre América) 1996. 240 pp.
- Marquetti, Hiram: *La liberalización de la circulación de divisa en Cuba - Resultados y Problemas* (manuscrito); La Habana: CEEC, Octubre de 1995, 22 pp.
- *TEMAS - Cultura, Ideología, Sociedad* (Nueva época); revista trimestral, La Habana; N° 1: enero-marzo de 1995, 132 pp.; N° 2: abril-junio de 1995, 134 pp.; N° 3: julio-septiembre de 1996, 134 pp.; N° 4: octubre-diciembre de 1995, 134 pp. (Dir.: Calle 4 N° 205 entre Línea y 11, El Vedado, Ciudad Habana, CP 10400, Cuba).

PUBLICADO EN NOTAS N° 9, FRANKFURT / M.: VERVUERT (1997), PÁGS. 48-65.